



XXV CONGRESO INTERAMERICANO DE EDUCACIÓN CATÓLICA BOGOTÁ, COLOMBIA

LA ESCUELA CATÓLICA HOY: APRENDIZAJE, INNOVACIÓN Y CREATIVIDAD

Por: Ana Julia Suriel, FMA

1. Introducción

La conferencia de cierre de este importante congreso tiene como título, *la escuela católica hoy: aprendizaje, innovación y creatividad*. Por este escenario han desfilado importantes pedagogos, investigadores, visionarios de la educación que nos han iluminado con sus ideas y experiencias acerca del aprendizaje, la innovación y la creatividad. De seguro que muchos nos hemos sentido inspirados con alguna que otra idea o buena práctica de las aquí presentadas, y ya vislumbramos espacios y posibilidades para hacer operativos o direccionar lo que durante estos tres días hemos escuchado, vivido y compartido. Hoy nos queda profundizar un poco más sobre el papel de la escuela católica frente a estos grandes desafíos, cómo afrontarlos en la realidad de una región, América Latina y el Caribe que, vista desde una pluralidad de perspectivas, transita un profundo proceso de transformación que está redibujando su rostro.

Nos encontramos en un mundo lleno de fuertes contrastes donde tenemos la oportunidad de ser observadores omnipresentes de realidades globales para definir lo que queremos, gracias al auge de las tecnologías de la información y de la comunicación. Tendencias actuales relacionadas como el imperio del mercado, la diversidad cultural, la rápida urbanización y el crecimiento de la población mundial cambian los esquemas de vida y las conexiones entre las personas; la acción humana indolente que degrada el ambiente y acelera el cambio climático, la aparición de nuevas estructuras y modelos de familia, la cuestión de género y muchos otros signos nos indican que estamos asistiendo a un rotundo cambio de época que muchas veces nos deja perplejos y desnudos.

Una generación de auto-observadores en perspectiva, los *millennials*, o la *generación N (Net)* está sintiendo sobre sus hombros los efectos negativos que se derivan de estas tendencias y las consecuencias de las decisiones, a veces no tan acertadas, que tomamos los de generaciones anteriores. Se enfrentan a la desigualdad social que ha caracterizado históricamente nuestra región y deben romper paradigmas para irrumpir en este mundo que exige de ellos superación de enormes retos.

Sin embargo, nos damos cuenta de que las tendencias que hoy soportan la modernidad, también tambalean. Nos sentimos en crisis y asistimos a una debacle del pensamiento, considerando que hoy, lo que nos piensa es el consumo. La globalización del imaginario cibernético, televisivo, cinematográfico y musical nos ha traído un exceso de imágenes, pero también una pobreza de palabras. Se calcula que un niño de mediana edad, hace tres décadas, manejaba unas dos mil palabras, hoy día, nuestros

niños de esta nueva generación alcanzan unas seiscientos cincuenta. Es innegable su aptitud para la lectura de imágenes, pero también vemos como se han desplazado las formas discursivas que anclaban a la persona en una posición más crítica ante el mundo de las imágenes. ¿Estamos seguros que esta situación no tendrá consecuencias en nuestros niños, adolescentes y jóvenes?

Nacer hoy en América Latina y el Caribe, nos informa el Banco Interamericano para el Desarrollo – BID – en su documento sobre realidades y perspectivas de la región¹, significa “*pertenecer a la región más desigual del mundo; representa tener una enorme posibilidad de nacer en una familia que, con ingresos por persona de entre 5 y 12 dólares por día, es vulnerable de recaer en la pobreza*”. Vivir en América latina hoy es arriesgarse a ser parte del “*54% de habitantes que en los países de la región sufre pobreza extrema multidimensional*”². Esta población vulnerable también llega a nuestras escuelas católicas de América Latina y espera una respuesta que sea efectiva y le prepare consecuentemente para una vida más digna, haciendo alusión al concepto filosófico de Jacques Maritain cuando se refiere al *humanismo integral*.

Los países de América tienen realidades educativas muy diversas, pero al mismo tiempo similares porque afrontan desafíos que los aproximan, de tal modo que para valorar adecuadamente avances o retrocesos es necesario situarlos en sus respectivos contextos. Dadas estas similitudes y diferencias se han proyectado unas metas hasta el 2030 que intentan enmarcar la educación de los bicentenarios, aludiendo con este término a la generación presente y futura de nuestras escuelas.

En estas *Miradas sobre la Educación en Iberoamérica*³ se han analizado múltiples variables que afectan la educación en los países, desde aquellos que se colocan en la cúspide de las evaluaciones y son calificados como los más avanzados, hasta aquellos que no logran mejorar mucho, no obstante destinar fuertes capitales en formación docente, reforma curricular e infraestructura. En todos los países se ha avanzado en equidad y es casi un logro la universalización de la educación inicial y primaria, con un aumento ponderado de la cobertura. Las fuentes de financiamiento difieren considerablemente en los países de la región, siendo la tendencia más común aquella que asigna a la familia la responsabilidad del coste educativo. No obstante, estos progresos, el punto álgido sigue siendo la calidad, cómo impulsar una educación que provea de competencias y habilidades para acceder a una vida digna, a superar la pobreza y a vincularse al mundo laboral, sin desmedro de aquellas actitudes que lo habilitan para ser un buen ciudadano, pacífico, solidario, propulsor del bien común e interesado por preservar la vida del planeta.

El documento de *Aparecida* en su literal 328 da cuenta de que, “*América Latina y el Caribe viven una particular y delicada emergencia educativa, debida al impulso de reformas centradas prevalentemente en la adquisición de conocimientos y habilidades, pero carentes*

¹ Duryea, S. y Robles, M. (2016). *Pulso Social de América Latina y el Caribe 2016: realidades y perspectivas*. Banco Interamericano de Desarrollo.

² *Ibid*, p.

³ Publicación de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Ciencia y la Cultura, cuyo objetivo principal es dar seguimiento a las metas 2021.

de sustento antropológico, ya que conciben la educación sobre todo en función de la producción, la competitividad y el mercado". En palabras de Ken Robinson (2015), *"asistimos aún hoy a una educación industrial, con fines industriales, estructuras y principios industriales, pero se nos ha olvidado el problema humano, razón por la cual los alumnos se sienten marginados y reducidos a mecanismos y organismos"*. Hemos dicho, "educación industrial" y puede parecer extraño, frente a tanta tecnología y avances que hicieran pensar que hace mucho tiempo superamos la era industrial; sin embargo, no es menos cierto que aún hoy, en muchas de nuestras escuelas, tanto alumnos como profesores se sienten en ambientes que inhiben su desarrollo; con frecuencia están aburridos y descontentos y parece que la escuela no es, precisamente, el mejor lugar donde desean estar, porque no causa emoción, encuentro vital, humanismo.

Acercándonos más al contexto eclesial en el que está envuelto nuestra escuela católica de América, el documento de Aparecida, en su literal 11 revela que *"nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia, en la cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad"*. ¿No será que también, a lo interno de nuestras instituciones educativas, nos hemos dejado envolver de esta lógica reduccionista del hacer sin sentido, por lo cual nos parece que todo anda bien y que no necesitamos renovación? El proceso de secularización que ha traído consigo el desarrollo económico tiene otras miradas en América Latina, diferentes a lo que ha sucedido en Europa. En nuestro caso, los indicadores más relevantes son la inclusión de factores contrarios a la vida, el auge de la violencia, el fenómeno de la migración de religiones que aumenta considerablemente, entre otros factores. Vale ahora que nos acerquemos nuevamente a la esencia de la escuela católica, intentando analizar los aportes que, desde distintos ámbitos se han hecho para dar identidad a lo que somos y hacemos.

2. La Escuela Católica Hoy

Visto el panorama anterior cabe preguntarnos, ¿Existen aún suficientes razones que legitimen la escuela católica en los diversos contextos de América? ¿Qué valor agregado puede ofrecer la escuela católica a la familia latinoamericana y al mundo de hoy? Parto de mi propia convicción: la escuela católica tiene mucho que decir al mundo de hoy, la escuela católica sigue vigente hoy si es capaz de volver a lo sustancial que le dio origen y sobre todo si es capaz de tener palabras y acciones para el mundo de hoy.

Lo que define hoy a la escuela católica desde su esencia es su misión trascendental en las culturas y la configuración de un humanismo que hunde sus raíces en el mismo evangelio y cuyo modelo es la persona de Jesucristo, gran maestro y evangelizador que vino a "hacer nuevas todas las cosas". Hace ya dos décadas, la Sagrada Congregación para la Educación Católica nos entregó el documento sobre *la escuela católica en los*

*umbrales del tercer milenio*⁴, en un intento de responder a los rápidos cambios estructurales, las profundas innovaciones técnicas y la globalización de la economía que comenzaban ya a repercutir, haciendo emerger una sociedad plural en distintos ámbitos. Las nuevas necesidades que dieron fuerza a esta iniciativa hoy se han vuelto más perentorias y urgentes, haciendo que educar, en el contexto actual resulte especialmente difícil.

En aquel tiempo la iglesia hacía el llamado a una *renovación valiente*⁵ que tocara la propia definición de sí misma de forma eficaz, convincente y actual. ¿No será que estas palabras se mantienen igualmente válidas hoy, como ayer? Existe un contexto mundial, cargado de dinamismos e incertidumbres, paradigmas de pensamiento y de acción que colocan a la educación católica y con ella a los niños, adolescentes y jóvenes en una situación particular. En un tiempo de gran complejidad y de crisis antropológica, ante la emergencia de nuevos valores, concepciones de vida y estilos de formación con nuevos paradigmas de aprendizaje, la escuela católica necesita leerse desde otra perspectiva. Fenómenos como la secularización, el sistema de interacciones de la nueva sociedad multicultural, el mundo virtual con sus consecuentes no-lugares, la pluri pertenencia, la precariedad y las nuevas pobreza juveniles hacen que la educación, de cualquier denominación que sea, se torne compleja y desafiante. Acompañar a los niños, adolescentes y jóvenes en la definición de su proyecto de vida personal, profesional y espiritual, tarea prioritaria de la escuela católica, supone hoy día recorrer nuevos caminos y orientar el futuro hacia perspectivas diversas de las que hasta ahora se han transitado.

Muchos ven el futuro de la escuela católica de manera incierta, algunos incluso son pesimistas en confirmar el proceso de una sociedad que involuciona y de una realidad juvenil desbordante en la que la escuela católica es insignificante. A este respecto, el Papa San Juan Pablo II en su carta apostólica *Novo Milenio Ineunte* afirmaba que, “cuando se mira a los jóvenes, con los problemas y las fragilidades que los caracterizan en la sociedad contemporánea, hay una tendencia al pesimismo” (p. 38). Hoy día esta actitud se generaliza, incluso entre aquellos que desde las instituciones educativas católicas ejercemos funciones de acompañamiento a los jóvenes. Junto a la crisis juvenil, aparece también la crisis de la escuela católica y su praxis pastoral. Pero haciendo un ejercicio de sinceridad, somos conscientes de que aún luchamos por definir en la práctica nuestra identidad de evangelizadores, no siendo muchas veces capaces de mostrar la lozanía del evangelio a lo interno de nuestras comunidades educativas.

Fernández de Larrea (2007) expresa que los jóvenes del siglo XXI con su manera de ser y entender la vida no son un problema para la iglesia, sino una oportunidad y un reto para practicar un pastoral encarnada, la cual se descubre como lugar teológico donde Dios se manifiesta. Por tanto, la acción educativa de la escuela católica debe

⁴ Sagrada Congregación para la Educación Católica. (1997). *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*. Roma.

⁵ Ibid, No. 3

partir de una verdadera comprensión de la cultura juvenil, sin buscar culpables de esta crisis por la que atraviesa la evangelización y educación de los jóvenes, y teniendo presentes que las causas podrían ser diversificadas.

La escuela católica hoy, según se expresa en el documento de Aparecida (2007), *“está llamada a transformarse, ante todo en lugar privilegiado de formación y promoción integral, mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura, mediante un encuentro vivo y vital con el patrimonio cultural”* (329). En esta cita del documento se plantea un elemento clave de la identidad de la Escuela Católica hoy, la palabra clave es *transformación*; que implica, en primer lugar, mirarse hacia dentro, evaluarse, autoanalizarse. La Iglesia pide a la escuela católica sacar de dentro ese poder que tiene para ser agente de formación de las nuevas generaciones e incidir de manera tal en sus vidas que también ellos sean capaces de transformar la cultura, impregnándola de humanidad. ¿Y, por qué se nos invita a la *transformación*, que en otras palabras sería, *renovación, innovación*?

Ya Brunner (2000) se refería a la *cuarta revolución*, *“una profunda revolución de la educación, de alcance mundial, a cuya base se encuentra un nuevo paradigma, organizado en torno a las tecnologías de la información y la comunicación en el que se hace necesario reconceptualizar progresivamente y rediseñar todo el proceso de enseñanza; hay que cambiar la cultura organizacional de los establecimientos; hay que disponer de tiempos y recursos para innovar; se debe formar de otra manera a los profesores y al personal directivo de las escuelas; las funciones de los organismos gubernamentales, los sistemas de supervisión y los métodos de evaluación... en fin, pasar del eje de la modernización, al eje de las innovaciones como principio, lo cual conlleva virar el sistema en 180 grados”*⁶. Para la escuela católica este llamado tiene altas implicaciones porque hace referencia a un proceso de renovación y revitalización, tomando en cuenta todos los ámbitos de la vida escolar y redefiniendo criterios, orientaciones y acciones hacia la búsqueda de nuestro único objetivo, *“conducir a nuestros niños y jóvenes hacia el encuentro con Jesucristo vivo”*⁷.

Esta profunda renovación toca también a la escuela católica, teniendo como punto de inicio, el rescate de la identidad católica de nuestros centros educativos, por medio de un proyecto que promueva la formación integral de los niños, adolescentes y jóvenes y responda a la realidad y al contexto. El proyecto educativo de la escuela católica debe atender, de manera particular a las poblaciones más vulnerables y debe promover la solidaridad y la participación de todos los miembros de la comunidad educativa. A este respecto se expresa en la *Evangelii Nuntiandi*, *“debe hacerse un esfuerzo especial para potenciar la identidad católica de las escuelas, las cuales fundan su naturaleza específica en un proyecto educativo que tiene su origen en la persona de Cristo y su raíz en la doctrina del evangelio”*. (24)

2.1 Una escuela encarnada en la pos-modernidad y comprometida

⁶ Educación: escenarios de futuro. PREAL, 2000.

⁷ CELAM. Documento conclusivo V Conferencia del Episcopado Latinoamericano. Aparecida, Brasil.

Reflexionar sobre el presente de la educación católica hoy resulta imposible sin acudir al pasado, pues en éste encontró su nacimiento la época en que vivimos; el pasado ha sido real y ha dejado huellas, sin embargo, no podemos detenernos en él. Lo que ha ocurrido en nuestra educación católica: tradiciones, experiencias, estilos de ser y hacer nos puede dar perspectiva, impulso y causarnos algunas desazones que nos movilicen. Ahora importa analizar el momento que nos toca vivir, rellenar nuestro presente con proyectos cargados de sentido, enraizados en los ideales del pasado y del presente.

El nacimiento de la modernidad en los siglos XVIII y XIX fue respondida con la eclosión de la escuela católica en ambos siglos. Las congregaciones religiosas surgidas en aquella época fueron testigos del florecer de carismas que intentaron dar respuesta a una necesidad y a un contexto específico; los fundadores percibieron esa necesidad y se dejaron iluminar y conducir hasta hacer operativos los proyectos educativos de muy diversas y variadas formas. Hoy también la sociedad posmoderna, descrita por el reconocido sociólogo, filósofo y ensayista polaco Zygmund Bauman (2000) como “líquida”⁸, plantea a la educación católica importantes desafíos a los que debe responder con la misma profecía con la que lo hicieron los fundadores.

Una escuela encarnada en la pos-modernidad es aquella que se enfrenta a la incertidumbre de una sociedad que no encuentra “certezas”, o que simplemente ya no cree que hayan “certezas”. La antigua sabiduría aconsejaba, *“Si haces planes para un año, planta maíz; si haces planes para una década, planta árboles. Si haces planes para una vida, adiestra y educa gente”*. Hoy esta antigua sabiduría ha perdido valor pragmático con la entrada en los líquidos tiempos modernos, donde la vida es un ensayo diario de la transitoriedad universal. Para la generación pos-moderna, todo discurre en un *fluir* permanente: la vida, el amor, la familia, el trabajo, el compromiso y no hay nada destinado a perdurar, mucho menos para siempre.

Ante esta realidad, la escuela católica no puede “refugiarse” ni sentirse segura en sus certezas; por el contrario, debe abrazar las incertidumbres de los niños, adolescentes y jóvenes, sus desconciertos y ayudarles a elaborar un marco de valor, a fin de que puedan “encontrar sentido”. De aquí la importancia de los proyectos fundamentados en el desarrollo de competencias espirituales que definan su marco de valores y le den anclaje. El documento de Aparecida, en su literal 337 se refiere a que *“estos proyectos deben atender a la integralidad de la persona, teniendo su fundamento en Cristo, con identidad eclesial y cultural y con excelencia académica. Además, deben generar solidaridad y caridad con los más pobres”*. Aquí cabe mencionar la importancia de los proyectos de aprendizaje-servicio, considerados como una innovadora forma de vincular el aprendizaje y el servicio social: aprender a ser competentes siendo útiles a los demás; aprender a ser, sirviendo a los demás. Es posible que los estudiantes

⁸ Hace referencia al estado fluido y volátil de la actual sociedad, sin valores demasiado sólidos, en la que la incertidumbre por la vertiginosa rapidez de los cambios ha debilitado los vínculos humanos. Lo que antes eran nexos potentes ahora se han convertido en lazos provisionales y frágiles.

olviden contenidos, pero difícilmente olvidarán una experiencia en la que han servido, porque ésta toca sus emociones y su afectividad.

El “*desarrollo de una pastoral educativa bien enfocada y organizada y en la que la formación en la fe sea integral y transversal a todo el currículo, teniendo en cuenta el proceso evolutivo, asumido en comunión con la comunidad cristiana*”, expresan los Obispos de Latinoamérica y el Caribe reunidos en *Aparecida*⁹, puede ser un valioso aporte a la consolidación de valores, criterios de opción fundamentados en el humanismo cristiano. Para esto es necesario que en la escuela católica se estudien y consideren las pedagogías adecuadas para la educación en la fe de niños y adolescentes.

2.2 La cultura de aprendizaje como plataforma de innovación, aprendizaje y creatividad

Antes de iniciar este segundo apartado quiero compartirles una constatación y una pregunta, primero, una constatación:

1. Cathy Davidson, profesora de la Duke University y cofundadora del espacio HASTAC (Humanities, Arts, Science, and Technology Advanced Collaboratory), experta en educación sostiene que el 65% de los niños acabará trabajando en algo que no se ha inventado todavía y un estudio del fabricante norteamericano Dell dice que el 85% de los empleos a los que aspirarán en el 2030, aún no existen todavía. Una pregunta, ¿Puede la escuela católica del siglo XXI educar a los ciudadanos y ciudadanas del siglo XXI?
2. *Las investigaciones demuestran que la generación Net no aprende de modo lineal, y evidencia los variados y válidos estilos y ritmos de aprendizajes que poseen los miembros de esta generación. Uno de los tantos retos a los que se enfrenta la escuela de hoy está justo en la atención desarrolladora a los distintos modos de aprender, debido a los diferentes estilos, ritmos y talentos, y con ello la atención a una diversidad nunca antes ni puesta en evidencia, ni tomada en consideración.*

Ambas constataciones nos remiten necesariamente al por qué de la innovación. Cuando se hace referencia al término *innovar* y se piensa en la escuela católica de América, hay una ineludible relación con otro término, *renovar*, al que con insistencia nos invita nuestro actual Papa Francisco. Nos preguntamos, ¿Qué pesa más en una institución educativa católica, la innovación o la renovación? Personalmente pienso que ambos procesos deben concatenarse y se precisa de una renovación que provoque la innovación. Sin embargo, no siempre se da de modo inverso si la acción innovadora carece de articulación, sinergia y vinculación.

⁹ CELAM. Documento conclusivo V Conferencia del Episcopado Latinoamericano. Aparecida, Brasil.

El signo de nuestro tiempo es el cambio, fruto de la vida vertiginosa de un mundo obsesionado por la velocidad y el consumo. Esto ha generado lo que llamamos, la “cultura del desecho”, término transferido no sólo a las cosas, sino incluso a las personas, a la naturaleza y a las relaciones que establecemos. Afirma Bauman (2017), *“en nuestra sociedad líquida moderna de consumidores, la industria del desahucio, de la sustracción, de la eliminación de desechos es uno de los pocos negocios que tiene asegurado un crecimiento constante y que es inmune a los caprichos del mercado de consumo”*. La escuela también se ve afectada por esta cultura del consumo, ¿en qué sentido?

No es común observar que gerentes educativos y docentes se vean afanados por la innovación, de hecho, lo clásico es ver que lo último que cambia es la educación; a lo máximo se asume por requerimientos casi siempre de índole económica: competencia, aumento de población estudiantil, prestigio, mejora en los ingresos. Muchas veces la innovación entra dentro de esta lógica de la cultura del desecho, fruto del consumismo y en este sentido la carrera es asfixiante porque tras la competencia por alcanzar la última innovación, tecnología, didáctica, en productos o servicios, matamos el verdadero espíritu de la innovación y nos convertimos en consumidores, incapaces de generar cambios sustanciales en las instituciones a las que servimos.

No todo cambio es innovación, por tanto, para que ingrese algo de novedad en una realidad preexistente, es preciso que ésta emane de dentro, es decir, resulte de un proceso pensado e intencionado. Se requiere, sobre todo, la generación de una cultura para el cambio y la innovación. En este sentido, a propósito de esta meta les propongo reflexionar, apoyados en el modelo de escuelas que aprenden, qué supone la innovación, esto nos servirá como modelo de aplicación para nuestras escuelas católicas.

En primer lugar, parto de la idea de que no es posible innovar en el contexto de una cultura escolar donde sus miembros no perciben la necesidad de aprender. Nos preguntamos, ¿qué es una escuela que aprende? La perspectiva de las organizaciones que aprenden ha sido ampliamente discutida por numerosos autores. Entre éstos son relevantes, los aportes de Senge (2002), quien asocia el paradigma con ambientes organizacionales donde se cuestionan y se purifican los modelos mentales; aquellos en donde la práctica del dominio personal y el aprendizaje en equipo son una constante; ambientes donde la visión compartida y los valores se convierten en el “jefe” de la organización y en donde se piensa con enfoque de sistemas. Estos elementos permiten desarrollar estrategias de cambio y convierten la institución educativa en espacio donde se vigilan constantemente las demandas del entorno para adaptarse a las nuevas situaciones cambiantes. Todo esto, sin duda, implica una transformación del pensamiento y de los paradigmas.

Los líderes de la escuela católica y con él, todos los educadores, han de revisar los modelos mentales imperantes en su institución, respecto a los propios estudiantes, los profesores y los valores prevalecientes de la cultura escolar, para detectar, qué tan

viciados están. Por ejemplo, si consideramos que nuestros estudiantes de escasos recursos económicos tienen menor rendimiento que los otros, el enfoque cognoscitivo, los contenidos que enseñar y el nivel de logro se verán afectados; al igual si consideramos que debe ser diferente la actuación y la expectativa, en una escuela católica de un sector limitado económicamente, de otro posicionado en una zona más favorecida.

En el caso del liderazgo de las escuelas católicas se observa que en el quehacer cotidiano de la práctica educativa, se siguen más bien, modelos lineales que, sin ser totalmente tradicionales conservan marcados elementos de estas tendencias, porque proporcionan mayor seguridad. Comúnmente tememos el pensamiento sistémico porque cuestiona muchos supuestos tradicionales respecto de los planes, objetivos y controles que tenemos en las instituciones y nos asusta la posibilidad de que agentes externos influyan sobre procesos de cambio. Aprovechando las riquezas del pensamiento sistémico, considero, se pueden implementar en la gestión de las escuelas católicas, diferentes perspectivas de las funciones de planificación, seguimiento, evaluación y práctica educativa. De ese modo se podrá dar cuenta de un mejor perfil del egresado y satisfacer la necesidad de aprendizaje interno de cada uno de los componentes de la comunidad educativa, como base de adaptación y cambio.

Un segundo elemento a considerar, es el papel del líder de la escuela católica. Religiosos y laicos que dirigen las instituciones educativas han de poner acento en el dominio personal, esto es, en la formación de toda la comunidad educativa. En una escuela católica que aprende, el líder es diseñador, guía y maestro; es el responsable de construir un ambiente donde la gente constantemente expanda sus capacidades para entender la complejidad de la realidad con respecto a la misión juvenil, fortalezca sus fundamentos de fe y aclare su visión personal y vocación en la vida. Son, asimismo, responsables de diseñar, junto a su equipo, mejores procesos de aprendizaje por medio de los cuales los estudiantes puedan enfrentarse de manera productiva a la vida.

Salazar M. (2006) entiende que el liderazgo transformacional es el típico de las escuelas que innovan, dadas las peculiaridades de la organización escolar y las exigencias de la sociedad del conocimiento. Esta autora sugiere que el estilo de liderazgo, más que someter a los colaboradores, busca el compromiso personal, poniendo énfasis en la capacidad para lograr entusiasmar a la gente, a fin de que se sientan identificados con el trabajo que realizan y se capaciten para rendir más allá de lo que cabría esperar. Todo esto posibilita un referente que proporciona mayor riqueza que el enfoque de liderazgo eficaz, más orientado por factores de influencia transaccionales y de poder posicional.

Según este planteamiento, el factor liderazgo en una escuela católica innovadora es determinante en la creación de culturas de calidad y se hace evidente, tanto en directivos como profesores. Un adecuado estilo de liderazgo cambia el contexto y la cultura de la organización, poniendo énfasis en los aspectos carismáticos de la misión educativa. Todo esto ha de hacerse a través de un proceso de trabajo en equipo en

donde el directivo deja de ser la cabeza de la pirámide, como el modelo burocrático de otros tiempos, para implementar el concepto y la práctica de “misión compartida” con los laicos y así redefinirse como dinamizador de las relaciones interpersonales y con una función de agente de cambio y recursos. De aquí que la delegación de responsabilidades a otros miembros de la comunidad educativa, en favor de una toma de decisiones compartidas, sea un elemento que afiance la cultura profesional de colaboración y desarrolle nuevas formas de liderazgo en profesores, estudiantes y colaboradores.

La escuela católica, dentro del marco de la cultura imperante y urgida a dar respuestas adecuadas a las demandas educativas hoy, ha de ser consciente del contexto en que está enclavada su misión para tener siempre presente los intereses a los que sirve, no sólo los de tipo social, profesional, sino y sobre todo los de carácter evangélico. Esto implica buscar nuevas respuestas, nuevos modelos de aprendizaje y nuevas formas de establecer relaciones educativas que generen experiencias de vida en los jóvenes y en todos aquellos que comparten la cultura educativa.

En este sentido considero importante:

1. Tener presente que el estudiante es el protagonista de su propio aprendizaje y el eje de la misión educativo pastoral.
2. Entender que el trabajo compartido es la única garantía para que la comunidad educativa se comprometa con los procesos de innovación.
3. Establecer ambientes de trabajo donde la información y la comunicación combatan el aislamiento.
4. Abrirse al impacto de la tecnología y la competencia global como fuerza determinante.
5. Hacer conciencia del objetivo trascendente que fundamenta el trabajo de todos en la institución.

Desarrollar las capacidades de profesores y colaboradores pasa a ser un postulado de suma importancia en la cultura de una escuela abierta a la innovación. Hesselbein & otros (2004), describen esta actitud como esencial para organizaciones y líderes que quieren perdurar en el futuro. Preguntar, aprender, tratar de averiguar más y crecer son tareas de toda escuela que está dispuesta a conservar su vigencia.

Expresa el citado autor que el líder y las organizaciones que no puedan seguir aprendiendo y creciendo no tardarán en quedar anticuados en el mundo cambiante. Sin el desarrollo del potencial humano de la institución escolar, será difícil generar cambios relevantes, por tanto, no se podrán llegar a definir estas instituciones como “inteligentes”, porque obviaron la posibilidad de construir, alrededor de sí, un ambiente y unas condiciones para el aprendizaje y el cambio permanente.

Referencias

Bauman, Z. (2000). Modernidad líquida. México: Fondo de Cultura Económica.

Consejo Episcopal Latinoamericano. (2007). *Documento Conclusivo V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*: Aparecida. Ediciones Paulinas.

Dolan, E. L. & Collins J. P. (2015): "We must teach more effectively: here are four ways to get started". *Molecular Biology of the Cell* 26(12), 2151-2155. Routledge: United States.

Ferreiro, Ramón F. (2006). *El reto de la educación del siglo XXI: la generación N*
Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=68800506>

Hattie, J. (2012). *Visible learning for teachers. Maximizing impact on learning*. Routledge: United States.

Hesselbein, F. & otros. (2004). *El líder del futuro*. Barcelona: Deusto.

Robinson, K. (2015). *Escuelas creativas: la revolución que está transformando la educación*. España: Penguin Random House Grupo Editorial.

Salazar M. (2006). *El liderazgo transformacional, ¿modelo para instituciones educativas que aprenden?* Chile: SM.

Senge, P. (1999). *La danza del cambio*. Bogotá: Norma.

Senge, P. (2002). *Escuelas que aprenden*. Bogotá: Norma.

Tapscott, D. (1998), *Growing up digital: The rise of the Net generation*, Nueva York: McGraw-Hill.